

LAS TRAGEDIAS OLVIDADAS 4. CAMBOYA



En Phnom Penh, una torre alberga cientos de miles de calaveras, parte del millón y medio de los asesinados por los Jemeres Rojos. MAGNUM

El pariente pobre de Asia

Viaje a Camboya, país donde la cabeza de un turista occidental 'vale' 8.000 dólares

Cuando volví de practicar deportes de invierno, unos amigos me dijeron que habían puesto precio —8.000 dólares— a mi cabeza. En aquel momento iba a ir a Camboya, donde los Jemeres Rojos de Pol Pot pretenden restaurar el Estado de "providencia" que costó la vida a un millón y medio de camboyanos entre 1975 y 1979. Una de las tácticas de los Jemeres Rojos es eliminar a los ciudadanos occidentales y castigar así a sus Gobiernos por el apoyo que prestan al actual régimen camboyanos.

Mientras buscaba más detalles, me encontré con otras informaciones sobre Camboya: los Jemeres Rojos acababan de atacar un tren y matar a nueve de sus pasajeros. Y la historia sobre el precio que habían puesto a mi cabeza no era como para tomarla a la ligera: para un soldado de los Jemeres Rojos, la cabeza de un occidental vale efectivamente 8.000 dólares. Ocho mil dólares equivale a 40 veces el salario anual de un camboyanos. Envié un fax a Pnom Penh diciendo que mi respeto hacia Médicos Sin Fronteras (MSF) era inmenso, pero que finalmente no creía poder ir.

En el marco de su Jornada Internacional por las Poblaciones en Peligro, MSF había invitado a periodistas y fotógrafos a visitar los países donde actúa la organización. Yo había elegido Camboya por su exotismo, y porque

creía que el país era relativamente seguro. Sin embargo, es uno de los países más lastimosos y pobres del mundo. Durante los últimos 30 años, Camboya ha sobrevivido sucesivamente a los bombardeos norteamericanos (1969-1973: 300.000 víctimas), al régimen de Lon Noi, al enfrentamiento con Vietnam y a la guerrilla de los Jemeres Rojos (1970-1975: unos cuantos centenares de miles de muertos), a Pol Pot (1975-1979: más de un millón y medio de víctimas y por lo menos medio millón de refugiados), y a la ocupación vietnamita de 1979 a 1989. Sólo hace cinco años que existe una inestable democracia, pero sigue habiendo varios miles de muertos al año debidos a la continua guerrilla de los Jemeres Rojos.

El rey Norodom Sihanuk dijo personalmente que su país no es seguro para los extranjeros; el pasado mes de julio, un tren fue atacado con el resultado de una decena de camboyanos muertos y tres occidentales —un inglés, un australiano y un francés— secuestrados. Estos últimos fueron encontrados muertos en octubre, a pesar de que se había pagado un rescate. No eran los primeros turistas occidentales asesinados o desaparecidos en 1994.

También he leído que, recién

temente, se ha prohibido montarse a horcajadas en la trasera de una moto, porque en esa posición es más fácil disparar o lanzar granadas. En Amsterdam tuve la ocasión de reunirme con Maurits van Pelt, jurista de 39 años y jefe de la misión unificada de MSF de Bélgica-Suiza-Países Bajos en Camboya. Le expliqué que, como no era un idealista ni un héroe, no tenía intención de tomar los vuelos de la compañía aérea local en el interior de un país como Camboya.

"Tienes toda la razón", me respondió Van Pelt. "El avión

encuentro con ellos, prefiero el accidente".

Eso me convenció.

A primera vista, Pnom Penh me impresionó mucho. Tal vez fuera porque se trataba de mi primer viaje a Asia, pero incluso la diferencia con Bangkok, donde acababa de pasar una noche de escala con Carl de Keizer, es enorme. Allí, un paisaje de rascacielos y un número increíble de automóviles recuerda el mundo moderno. Aquí, una multitud de velomotores, de bicicletas-taxi y de camionetas forman oleadas interminables en unos bulevares sembrados de enormes cráteres. Todo el mundo se cruza sin prestar demasiada atención y tocando la bocina, sin que nadie se enfade; a los lados fluye un pequeño río de conductores que conducen en sentido contrario y no desean mezclarse con la multitud.

Tengo que hacer un esfuerzo para no sonreír, pero no hay que olvidar que hay muchos accidentes en Pnom Penh. Además del tráfico, por la izquierda, por la derecha, por todas partes, hay quioscos minúsculos, cafés, hombres que reparan ciclomotores, niños desnudos que juegan a las canicas, cubos de la basura desbordados, cerdos, gallinas... Mendigos que arrastran sus prótesis pasan los

días ante el Tuoi Sieng, un antiguo colegio colonial francés transformado en centro de tortura bajo el régimen de Pol Pot y convertido ahora en museo. Nadie salió vivo de este lugar. Un ala albergaba las salas destinadas a los interrogatorios, donde los vietnamitas encontraron, cuando llegaron, en 1979, los cadáveres de las últimas 14 víctimas de la tortura. En la pared hay fotografías de esos cuerpos mutilados. Las paredes de las otras habitaciones están tapizadas con varios centenares de fotografías de camboyanos tomados justo después de ser detenidos: miran al fotógrafo con terror. Hombres, mujeres, ancianos, niños y bebés. Incluso hay un montaje de fotografías —algunas están pegadas de cualquier manera— de prisioneros que sucumbieron durante las torturas. Junto a un mapa de Camboya realizado con cráneos se encuentra una lista con el número total de víctimas: tres millones de hombres, y tres millones de vacas.

Pero para mí lo más sórdido son dos fotografías colocadas una junto a otra, tomadas el 17 de abril de 1975, el día que los Jemeres Rojos invadieron Pnom Penh. En la imagen de la izquierda se ve a los habitantes de la ciudad con banderas blancas, acompañando alegremente la llegada de los Jemeres Rojos. En la de la derecha, tomada unas horas más tarde, una fila de habitantes abandona la ciudad, es-

Sólo hace cinco años que existe una inestable democracia, pero sigue habiendo varios miles de muertos por la continua guerrilla de los Jemeres Rojos

Antonov de 40 años en el que me desplazo entre Pnom Penh y Battambang... uno se pregunta cómo puede volar todavía ese trasto. Lo único que puedo decir es que aún no se ha caído. Entonces me dibujó un mapa de la región, y dijo: "Puedes llegar en coche, pero hay que tomar un camino controlado por los jemeres. Entre un accidente de avión y un